

La piedra



A simple apariencia era un día normal, como aquellos en donde uno, con fuerza y arrebatos de voluntad, logra levantarse de aquel refugio tan cálido que nos mantiene confortables en la noche.

En ese día, él desayunó, con un café negro y bien espumoso. Suele ir variando los cafés para darle alguna diferencia a las mañanas.

Iba camino a la universidad y esta vez decidió utilizar su moto; aunque suele hacerlo a menudo, ese día tenía una connotación especial, por lo que ansiaba llegar a la cochera. La moto le inspiraba esa libertad tan anhelada, sentir la velocidad y el viento recorriendo todo su cuerpo le ofrecía esa gran sensación de libertad. Muchas veces las ganas de acelerar y no frenar lo invadían, en un momento en donde se abstraía totalmente del mundo. Aunque tenía en claro que de chocar no renacería como un fénix.

Durante las primeras horas en la facultad el cursado era bastante típico. La primera docente con sus clases tan expositivas solía ofrecer, como siempre, un somnífero auditivo, poco oportuno para las primeras horas de la mañana.

Callado, algo muy raro en él, transitó por aquella clase teórica.

Mantenia sus pies apoyados en la silla de adelante y dejaba caer su cabeza sobre el respaldo de la suya. Los cuatro parlantes que colgaban en lo alto del techo seguían emitiendo el mismo monótono sonido que a duras penas podía distinguirse como lenguaje humano. —“¡Ajmm... Ajjmmm!” —tosió la disertante, provocando un gran estremecimiento en Tiziano. Abrió los ojos y descubrió que estaba en la facultad. Se lamentó por no poder quedarse en su mundo de fantasías.

Por fin había finalizado la clase, unos veinte minutos antes de la hora debida.

Previo a la siguiente materia, había ingresado al salón con sus compañeros para comenzar una ronda de mates.

Aproximadamente quince minutos tardó el profesor en llegar al aula. Rápidamente y con paso apurado, saludó a la clase y se sentó en el escritorio.

En esta materia se sentía bastante a gusto y cómodo.

El docente era una persona suficientemente accesible y con un estilo un tanto diferente a los profesores del montón. Lo hacía sentir no sólo a gusto en esos momentos, sino que también le resultaba realmente productivo.

Por su psiqué transcurrían pensamientos disímiles. Disfrutaba de esa clase pero había algo que no le permitía gozar plenamente de aquello que solía ser placentero.

< Javier Del Ponte

Las preguntas del profesor despertaban su inquietud. Deseaba construir respuestas y problematizar las que surgían en el aula.

La clase siempre adquiría esa dinámica particular que tanto le seducía.

El profesor, como es habitual, dispara con una pregunta y Tiziano, con gran ansiedad, comienza a elaborar una respuesta en su mente, que rápidamente emite. En esos instantes luego de que él dejara de hablar, se escuchan de fondo una cortina de risas, murmullos...

Creen ilusamente que no lo percibió.

Cuando se arroja una piedra a al agua, allí, en donde las repercusiones y los efectos son incontables, podemos ver como las ondas expansivas recorren el agua del centro hacia afuera perdiendo su intensidad. Los peces se asustan y huyen, las plantas debajo del agua imitan un movimiento oscilar como cuando una brisa acaricia las hojas de un árbol.

La tierra estancada comienza a removerse y se descubre una moneda que estaba enterrada. Aparentemente olvidada...

La piedra se aloja en la arena cerca de aquella moneda como si una fuera la causa de la otra.

Aquellas risas, aquellos murmullos, actuaron como esa piedra para él...

Se removieron recuerdos sentimientos y pensamientos. Los miedos recorrían su ser como las ondas al agua, y de a poco, la angustia envolvió su percepción del mundo, del cual en ese momento había perdido todo interés...

La clase siguió pero él ya no estaba allí. Ensimismado continuó el resto de la mañana.

Renovatio >

El día académico había terminado, y en silencio, recorrió el camino a su casa. De vez en cuando, algún bocinazo lo volvía a la realidad de la que se había desprendido hacía un rato.

En esa tarde lo esperaba su analista como todos los martes a las cinco.

Tocó el timbre, ingresó y esperó a ser recibido en la, ya familiar, sala de estar.

Corroboró la hora en su celular, luego a los diez segundos volvió a hacer lo mismo con el reloj de pared que se encontraba frente a él. El tiempo parecía no pasar.

Se abrió la puerta y una voz en tono amable y que el reconoce como familiar, le procura:

—Tizi, ¿cómo estás?... pasá.

—Buenas tardes Fati, bien... gracias. —respondió Tiziano.

Ingresó al consultorio y reconoció el diván negro de siempre. Acomodó los almohadones dejando uno al costado de la pared y otro en el extremo del diván para apoyar su cabeza con mayor comodidad.

La asociación libre comenzó con el habitual “*Te escucho*”.

Sería acertado decir que le fue muy bien.

Liberó muchísima angustia, removió la arena, destapó monedas, movió algas... Y así, pensando, trabajando e intentando repensar sus sentimientos, se acostó a dormir para un día de facultad que

culminaría con risas, murmullos y angustia, mucha angustia.

Tiziano cursaba en el tercer año de la carrera de psicología con un desempeño excepcional. Aunque, como no todo lo que

< Javier Del Ponte

brilla es oro, esos logros conllevaban un alto costo en varios aspectos. Su obsesión por los éxitos era de tal grado que no soportaba ni siquiera la posibilidad de fallar una vez. Incluso, aunque no fuera considerado una falla para la mayoría de la gente, para él adquiría esas connotaciones con un gran *quantum* de angustia, impotencia y enojo. Debía cubrir todo lo posible para evitarlo.

¿Que traería desde el inconsciente la posibilidad de fallar?

Renovatio >

¿Lo que no te mata, te hace más fuerte?



Era todo un niño a sus siete años y su personalidad estaba aún en formación.

Asistía en aquella época a un colegio céntrico cuyo nombre evidenciaba raíces italianas, como las suyas, tanto por abuelos maternos como paternos.

El día había amanecido gris y las nubes en el cielo no permitían al sol mostrar todo su brillo y esplendor que, oculto tras ellas, de cuando en cuando, algún destello lograba traspasar.

El rocío había dejado sobre el asfalto su clásico laminado transparente que muy lentamente con el correr de las horas iba desapareciendo.

—Tiziano... levántate que ya es la hora —rogaba la madre con una voz suave y tierna.

—Ya voy... —rezongó con una voz apenas perceptible y entendible.

Renovatio >

Se dio la vuelta para su costado derecho quedando su rostro contra la pared, mientras seguía refunfuñando un poco y reacomodaba su cuerpo en el suave colchón.

Lentamente comenzaban a separar los párpados, pero la luz estaba muy fuerte y le impedía mantener los ojos abiertos, volvió a cerrarlos estrepitosamente como efecto ante la intensa luz. Luego de apretar sus ojos con suficiente fuerza durante unos segundos, juntó voluntad para intentarlo nuevamente... Y otra vez, despacio y con suavidad, fue levantando los párpados para que las pupilas se adaptaran perfectamente a la luz.

Se sentó en la cama, y todavía abrumado por el sueño y los efectos de la luz, se quedó un momento en esa posición con la cabeza hacia abajo. Mirando sin prestar atención al piso de madera debajo de sus pies.

Buscó su uniforme escolar que estaba al pie de la cama para vestirse. Chomba azul y un pantalón de vestir gris con zapatos negros. Demasiado formal para un chico de siete años. Recorrió el pasillo con un andar cansino hasta el comedor, donde lo esperaban una chocolatada y un par de tostadas que le preparó su madre como todos los días.

Desayunó rápidamente esa mañana. El reloj marcaba las siete y media y sólo quince minutos lo separaban de la entrada al colegio, se apuró a terminar la chocolatada a grandes sorbos y las tostadas en unas pocas mordidas. Mientras tanto su hermana que tenía tres años dormía silenciosamente en la pieza.

Le gustaba ir al colegio, compartir juegos, correr y cambiar figuritas. Era un chico extremadamente imaginativo. Construía mundos de fantasía en donde él resultaba ser el héroe de grandes

historias en esos mundos fantásticos de temibles monstruos.

◀ Javier Del Ponte

Todos los objetos, hasta los más comunes y cotidianos podían transformarse en algo extraordinario. Como un carro del supermercado que podría ser perfectamente una nave espacial que lo transportara a un planeta inhóspito.

Su imaginación volaba por su mente. Todo ello se mezclaba con una inteligencia muy particular e interesante. A veces, incomprendida.

El triste gris del cielo contrastaba con la ansiedad de Tiziano por ir al colegio.

El camino era corto. Estaba asolo tres cuadras que fueron recorridas con suma rapidez, y claro, acompañado por su madre.

¿Aquel clima habría anunciado algo?

Había ingresado al colegio luego de despedirse de su madre con un rápido beso en la mejilla. Cruzó corriendo y con una sonrisa en el rostro el largo pasillo que lo depositaría en el patio central. A los costados podían verse los salones cuyas entradas eran puertas de madera plegables como un acordeón. Dentro de los salones había en fila y bien ordenados, aproximadamente veinte pupitres dobles y un pizarrón enorme de color verde que ocupaba casi por completo el ancho del salón, tenía debajo una madera donde estaban todas las tizas de la profesora, y que usualmente, en los recreos, se transformaban en poderosos misiles.

En la esquina opuesta a la puerta, estaba el escritorio de la maestra, un poco inclinado hacia el medio del aula para posibilitarle una mejor visión hacia sus alumnos.

Tiziano estaba en ese momento en el patio central saludando a sus compañeros y esperando por la primera clase, o para ser más exacto, esperaba por el primer recreo.

Renovatio >

Solía jugar en esos recesos a las escondidas, muchas otras veces a las “peleas” pero lo que más lo apasionaban eran las arrimaditas. El juego consistía en lanzar figuritas esféricas de modo tal que planearan y cayeran sobre el piso, entonces la más cerca a la pared era la vencedora. El vencedor obtenía como premio la figurita que había utilizado el rival. Adoraba ese juego y solía ganar muy seguido. Tal vez por ello le gustaba tanto.

Ese día que había amanecido con el cielo totalmente cubierto de nubes, transcurrió alternando durante el paso de las horas entre pequeñas lloviznas y apariciones esporádicas del sol.

Por su parte, él experimentaba mucha ansiedad por llegar al colegio.

Nadie podría imaginarse con anterioridad que esa ansiedad por llegar se transformaría en ansiedad por alejarse de allí lo más pronto posible.

En silencio, alejado de su conocimiento y en lo profundo de su inconsciente, los recuerdos de ese día estarían provocando grandes consecuencias por un largo tiempo.

Una defensa se levantaría en su “yo”, a modo de muralla, para evitar sentir lo que experimentó aquel día, para no volver a pasar jamás por una situación así.

Había grabado sobre el recuerdo el título de: “*Nunca más*”.

< Javier Del Ponte

¿Lo que no te mata, te hace más fuerte?

(Parte 2)



La mañana ya había empezado a mostrar sus primeras gotas y el gris del cielo se teñía de blanco al tiempo que mojaba las calles de la ciudad. Aquellas nubes iban a ofrecer lluvia para rato.

—¿Trajiste el diccionario? —preguntó Gastón

—Sí... ¡Me acordé justo antes de salir! Casi que me olvido.

—¡Genial!... Tizi, ¿te enteraste que Ezequiel le escribió una carta a María? ¡Se le declaró!

—Sí... Sabía. —contestó Tiziano con un poco de desazón... e impotencia. No creía gustarle a María y menos ahora con la llegada de ese chico nuevo. Había dejado pasar su oportunidad. Se sentía avasallado por Ezequiel, incluso desplazado.

—¡Buenos días! —exclamó la maestra mientras ingresaba al salón a paso firme.

—Buenos días señorita Sonia... —coreaban los alumnos
Intentando un fallido unísono.

—Para hoy les había pedido que trajeran un diccionario porque
vamos a hacer un ejercicio. —les recordaba su maestra cuando
se sentaba y abría sus cuadernos.

Sonia era la maestra del segundo grado en aquel colegio. Una
persona con rasgos militarizados y muy poco maternal, solterona
y sin hijos. Imponía mucho respeto con la mirada y utilizaba el
miedo como herramienta para conseguir disciplina. Le resultaba
muy sencillo ese método, porque su robusto cuerpo hacía casi
todo el trabajo.

—Quiero que busquen en el diccionario palabras que estén en
relación a “Hombre”. Tienen diez minutos y vamos a
corregirlo... ¡ah! ¡Y es individual! ¡Lo hacen solitos! —ordenó
Sonia levantando su dedo índice.

Con mucha rapidez, como si estuviera corriendo una carrera y
llegar último pusiera en juego su vida, Tiziano buscó el
diccionario en la mochila.

Parecía que mientras más rápido movía sus manos, éstas más se
entorpecían haciéndole dificultoso tomar aquel libro.

Finalmente lo tomó desde la punta y con un claro gesto de
fastidio con sí mismo, lo trajo hacia el pupitre.

Por lo general se sentaba solo y hoy no era la excepción, aunque
espacio y comodidad no faltaran, ello no era lo más importante
para Tizi. Siempre que alguien se sentaba junto a él, su sonrisa
era indisimulable, aunque eso ocurriera pocas veces durante el
año.

—*Palabras que tengan que ver con hombre....* — se repetía en su mente, mientras observaba el diccionario y continuaba

< Javier Del Ponte

pensando en la consigna, aunque con poca claridad, ya que sus compañeros estaban todos transcribiendo algún concepto y él, apenas recorriendo las páginas. Comenzó la desesperación.

Lo sentía como una competencia y no podía permitirse perder.

—*Campanario podría ser... los hombres lo construyen* — razonaba él con particularidad—. *¡¡Sí!! Campanario voy a pasar, sino, voy a terminar* último — se repetía por dentro para vencerse de hacer lo que había pensado.

—Restan cuatro minutos chicos, vayan terminando... — comunicaba con un tono no muy amable, la señorita Sonia. Esa forma de hablar era muy normal en ella, aparentando estar constantemente enojada por algo.

Una escritura muy desprolija, apurada y poco legible era aquella que había quedado plasmada en la hoja del cuaderno cuando terminó transcribir la definición de “Campanario”.

“Estructura o torre construida adosada o exenta a una basílica, catedral, iglesia, capilla o edificio público civil y donde se colocan las campanas, con la finalidad de convocar la asistencia de los feligreses al servicio religioso o a los ciudadanos en general.”

—¿Quién quiere comentar la palabra que encontró y leer lo que nos dice el diccionario? —preguntó Sonia.

Luego de esperar unos segundos sin que nadie levantara la mano, Tiziano lo hizo, alzó bien alto su brazo para responder. Se

mostraba algo ansioso por hacerlo.

—A ver Tiziano, comentá lo que encontraste.— Yo encontré campanario, señorita...Sin dejarlo terminar de hablar, Sonia lo interrumpió.

Renovatio >

—¿Campanario? ¿Y qué tiene que ver campanario con hombre?
—preguntaba muy sarcástica y retóricamente la docente.

Sin esperar su respuesta continuó:

—¿Vos comprendes lo que estás diciendo?

Comenzaba a generarse un murmullo de fondo que llegó ineludiblemente a oídos de Tiziano.

“¿*Que dijo?*” Alcanzó a escuchar a una voz proveniente de dos bancos atrás suyo. Una niña que reconoció rápidamente, era María, la niña que tanto le gustaba en secreto.

Él comenzaba a desmoronarse. Las palabras habían quedado en su garganta atoradas y hacían latir su pecho a millones de revoluciones por minuto.

Se inflaba pero no de orgullo, más bien de palabras atoradas que no podía decir. De frustración, de tristeza, y de odio.

Una lágrima intentaba escabullirse de su perla blanca y verde, pero rápidamente la quitaba con la manga del buzo.

Hizo fuerza, respiró hondo e intentó tragarse todo lo que sentía porque la tierra no podía tragarlo a él.

El salón fue invadido por las carcajadas como si en un cine rodaran una película cómica.

¿Habrá sido la palabra “Campanario” o aquellas palabras de la maestra Sonia las que desencadenaron semejante efecto?

¿Conocía Sonia las consecuencias de aquello que había hecho? Al parecer, poco le importaba. Llamó al silencio y continuó la clase. Tizi seguía ahí, pero sólo físicamente.

Dejó, sin saberlo, a ese recuerdo en el fondo de su memoria, en la oscuridad, bien alejado de su consciencia. Era una experiencia que no quería recordar jamás como tampoco volver vivir algo similar.

20 < Javier Del Ponte

Su yo se defendería férreamente ante la posible aparición de una situación similar. ¿Cuánto costaría?

En silencio y a punto del quiebre, él transcurrió el resto del día.

La campana anunciaba, por suerte, el final del día y Tiziano, lentamente, como si los pies le pesaran toneladas, caminó hacia la salida donde lo esperaba su madre, que había logrado llegar a tiempo pese a que su horario de salida del trabajo era sólo de diez minutos antes que la de su hijo en el colegio. Observó a Tizi detenidamente luego de besarlo en la mejilla.

Ella sabía que algo le pasaba, era su madre y podía notar a la legua que ese rostro no era el mismo con el que había salido de su casa y entrado al colegio.

La sonrisa, la ligereza de los movimientos y el apuro por llegar a la escuela habían desaparecido y sido reemplazados. Ya no tenía esa sonrisa en su rostro, su andar demostraba pesadez y la cabeza cabizbaja afirmaba las intuiciones de su madre. Ahora el apuro era por irse lo más rápido posible de ahí.

— ¡Podemos irnos ya, mamá! —protestó él apurando la partida del establecimiento, mientras, su madre se despedía de una señora que también esperaba por la salida de su hijo.

Caminando a velocidad y tironeando de la mano de su mamá, Tizi regresó a su casa. Ansiaba llegar y quedarse en la habitación, buscar sus juguetes y sumergirse en un mundo donde no había malas profesoras, sino monstruos o extraterrestres a los que él podría vencer con sus súper poderes.